

EL VUELO DE LOS HOMBRES

El conflicto planteado por los aviadores portugueses,—a mi modo de ver,—rebasas las proporciones de un incidente entre hombres y adquiere la importancia gigantesca de un mito pagano.

Un mito que significa el choque entre los dioses y los mortales. Es natural que entre unos y otros, entre las opiniones de ambos bandos, surjan divergencias, y si ninguno cede, necesariamente se ha de producir la lucha. Al menos, cuando se escriben estas líneas, el problema está planteado en tal forma que no da lugar a presumir la solución que tendrá.

¿Cuáles son los dioses paganos en este mito? ¡Los aviadores! Con un poco de fantasía todo se consigue, incluso el dar atributos de divinidad a personajes reales y vivientes.

* * *

Cuando los hombres recibieron la facultad de volar, como premio a su fe y a la audacia de su pensamiento, se sintieron un poco sobrecogidos. No podían creer que su soberbia aspiración estuviera convertida en una realidad. ¡Era una cosa tan grande, tan extraordinaria!... ¡Representaba tanto!... No podían acostumbrarse a creerlo. Y sin embargo era cierto.

Los hombres se elevaron en el aire, pero su vuelo tenía un algo de timidez; el aparato era delicado en demasía, y la vida del piloto pendía de una cosa tan sutil, tan adventicia como una ráfaga de viento. Sólo ascendía a las alturas cuando el cielo estaba azul y la atmósfera en completa calma.

El pueblo presenciaba el espectáculo con la misma ansiedad morbosa con que aplaude el salto mortal de un atleta en el circo, esperando que una u otra vez, que de un momento a otro, caerá desde la cumbre de su salto y se romperá el cráneo contra el suelo.

* * *

Pero no tardaron en adquirir perfección los órganos del vuelo humano: éste se hizo más seguro; se contaba con mayores recursos.

El hombre, familiarizado con las alturas, se

empeñó en más audaces empresas, y salió victorioso, pudiendo pregonar que había dominado ¡por fin! el aire.

Los aviadores, los que poseían la facultad de volar, formaron como una especie aparte. Todavía no eran dioses, pero ya eran más que hombres: eran semidioses. Ellos encarnaban el espíritu heroico de su tiempo; sus hazañas y sus caídas, sus triunfos y sus víctimas, sus vencidos les daban un marcado tinte legendario. Las alturas a que se remontaban, originaban la idea de su poder.

Ya el pueblo, inferior a ellos, los veía cruzar el espacio majestuosamente, serenos, imperturbables... Bien uno sólo, bien una escuadrilla...

Con su ruido monótono de insectos gigantes, apuntaban en el horizonte,—apenas visibles,—cruzaban (agrandándose y dibujándose un poco) sobre los atónitos contempladores, y luego transponían,—disminuyendo de tamaño,—hasta perderse nuevamente en la distancia como una estrella que se borra en la aurora.

El que miraba tenía que volver la vista a la tierra, deslumbrado y un poco entristecido al comprobar de una manera tan indudable su propia inferioridad.

* * *

Un día, los mortales, siempre egoístas, imploraron el auxilio de los dioses para dirimir sus contiendas. En esto no hacían sino seguir su antigua costumbre, pero colocaron a los aviadores en una posición violenta.

Ellos, los semidioses, no estaban conformes sobre el partido que tomarían.

Había comenzado la Gran Guerra y era preciso decidir.

Y, ante la duda, los aviadores se dividieron en dos bandos. Por esta causa la lucha fué una lucha homérica; lucha de hombres, ayudados y combatidos por divinidades.

Pocas cosas tan terribles como la cólera de los nietos de Icaro; pocas cosas tan azarosas y zozobrantas como las alternativas de sus contiendas. El espantoso forcejeo por sostenerse en el aire con las alas extendidas, encierra una bárbara emoción.

Luego la caída de una divinidad no es así como la de un sencillito mortal: tiene otra grandeza.

El pájaro monstruo, herido en la cabeza, se desploma trágicamente, y en el espacio todavía quiere resistir: planea, se cierne... Pero, al fin, el fracaso es inevitable y estrepitoso: sólo quedan astillas en el suelo. Y cuando cae envuelto en llamas...

En aquella época de pesadilla el aeroplano era un ave infernal, que no inspiraba curiosidad ni admiración, sino miedo. Un ave que arrojaba la muerte, que escupía el fuego sobre las poblaciones. La gente, aterrorizada, buscaba refugio en las entrañas de la tierra, cuanto más hondo mejor.

Acaso se preguntaba: «¿Y para esto ha de servir la conquista del vuelo?»

* * *

¡Para eso, no! Cesa la contienda y el aviador llega a la cumbre de lo fabuloso; los grandes «raids» en que se atraviesan océanos y se cruzan continentes son rasgos de verdadero heroísmo, de heroísmo fértil. El poder sobrehumano del aviador queda demostrado.

Pero, ved el problema: los semidioses se revelan contra los mortales, que,—¡cosa rara!—los tenían dominados, y entonces los mortales les sitían y asedian en su propio campo.

La fantasía, gran fingidora de fábulas, así como ha dado un sentido mítico a este suceso verdadero, cuyo desenlace aún es desconocido, nos hace preguntarnos: «¿cómo es que los semidioses no levantan el vuelo y dejan burlados a sus sitiadores los mortales?»

* * *

Un poeta podría inmortalizar su nombre escribiendo en sonoros versos la epopeya de la Aviación, cuyo nacimiento y desarrollo todos hemos presenciado. Ahora es tiempo.

Más tarde, cuando el aviador sólo sea un sencillito obrero, el poema encontraría mayores dificultades; ¡tal vez fuera imposible!

FRANCISCO AYALA

SEMBLANZAS

LA EXCMA. SEÑORA DUQUESA DE PARCENT

DOÑA Trinidad Scholtz Hermendoff, la dama de arrogante figura, caridad espléndida y alma de artista, que tantas simpatías ha sabido atraer sobre sí, fué por su primer matrimonio la esposa del Embajador don Manuel de Iturbe, representando a Méjico en las Cortes de Berlín, Londres, Lisboa, Madrid y San Petersburgo, siendo digno de memorar que en la capital rusa, verdadero imperio de fastuosidades y riquezas, el lujo y ostentación desplegado por el señor Iturbe y su gentil esposa, compitió también con las magnificencias y trenes de los Grandes Duques moscovitas en la coronación del último desventurado Zar, dejando allí y donde quiera que estuvo, grato recuerdo de su gracia andaluza, acrisolada por sus atrayentes cualidades.

Malagueña por su nacimiento, mejicana desde su primer enlace, tras varios años de viudez, vuelve a ser española convirtiéndose en Duquesa de Parcent, por su unión con el noble y caballeroso poseedor de este título, don Fernando de la Cerda y Carvajal, actual representante de la raza de su apellido, hoy única descendiente directa del Infante don Fernando de Castilla, llamado *el de la Cerda*, primogénito del Rey Sabio.

Esta Duquesa, de imaginación ardiente, impulsada por su espíritu activo y artístico, se ha revelado siempre como ideal organizadora de originales y brillantes fiestas; unas, dadas en su palacio casi regio, concurrido por lo más florido de la nobleza y frecuentemente por los Reyes, y otras, celebradas en teatros y salones para fines benéficos, que ella está pronta siempre a patrocinar. Pero en el terreno caritativo, su obra

cumbre es la creación del «Comedor de Madres Lactantes», donde tan generosamente practican la dulce misión de aliviar la miseria del pobre, tanto la amable Duquesa como su angelical hija que fué de soltera Piedita Iturbe, marquesa de Belvis de las Navas, y ahora Princesa de Hohenlohe.

En Ronda, objeto de sus predilecciones, por ser cuna de sus abuelos, su influencia bienhechora déjase sentir en toda su intensidad. La mano aristocrática que salvó de las ruinas el palacio llamado «del Rey Moro», convirtiéndolo en verdadera mansión de encantamientos y bellezas al hacerlo suyo, acude también infatigable a realizar la misma obra redentora, restaurando Ntra. Sra. de Gracia, iglesia donde se celebró la primera Misa después de la Reconquista; la de la Caridad, antiguo y ruinoso templo que perteneció a la Colegiata; y San Francisco, cedido por el Ilmo. Sr. Obispo de Málaga a la Duquesa, para su restauración y fundación de Escuelas. La generosa dama, realizando una empresa verdaderamente patriótica y ultraista, no vaciló en adquirir los terrenos que rodean esta última iglesia, edificando las aulas a las cuales concurren multitud de escolares de ambos sexos a recibir amplia y sólida instrucción; primero enseñanzas elementales, según el sistema de don Manuel Siurot, y después dibujo, repujado, ebanistería, talla y pintura decorativa. Además, las niñas, bajo la dirección de una hábil modista (pues la Duquesa supo elegir excelente profesorado para sus escuelas), practican el corte y confección que algunas de ellas utilizaron ya para ganar honradamente la vida al frente de un taller y finalmente, obra es también de la ilustre dama, la

industria de las alfombras de las Alpujarras, de reposteros y bordados españoles, establecida en Ronda.

En todos los nobles impulsos, en todas las admirables iniciativas suyas, fácilmente adivinase el genio de artista que la distingue y bien puede decirse que su característica es salvar el arte en España, impidiendo con abnegado arranque que las joyas de nuestra Patria vayan a enriquecer los Museos extranjeros. ¡Glorioso lema de un corazón todo generosidad! Lema que atestigüa la colección de 40 Primitivos españoles, adquiridos por la Duquesa ante el peligro de verlos transportados más allá de los mares.

Estos cuadros (menos uno, regalado por ella al Museo del Prado, sabedora de que deseaba comprarlo el entonces Director, Villegas) actualmente se hallan en el hermoso palacio que los Duques de Parcent poseen en la calle de San Bernardo, constituyendo una verdadera riqueza, así como la colección de Talaveras, compuesta de 2.000 piezas adquiridas al señor Páramo. Y rasgo nobilísimo, admirable, altamente patriótico, es la fundación, obra suya, de la Sociedad de «Amigos del Arte», cuyo fin es fomentarle en todos los ramos por medio de exposiciones, netamente españolas, que alientan a los futuros artistas y ayudan a revelar el genio de los hijos de España cultivadores de la Belleza.

Duquesa graciosa, genial y altruista; malagueña simpática, nacida para brillar en las esplendideces, y ser luz en las tinieblas de los pobres, sobre los florones de la corona ducal, debe llevar los mirtos y laureles que el Arte español la ofrenda entusiasta.

TORRES DE GUZMÁN